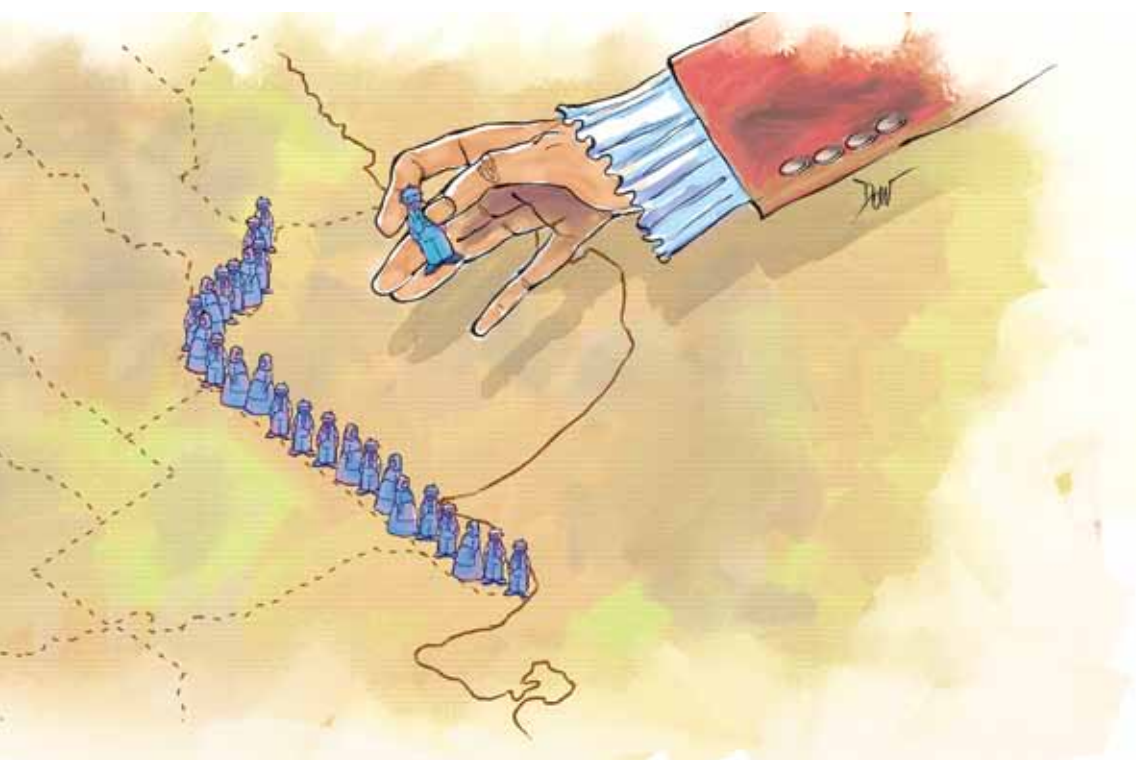


POBLANDO LA FRONTERA

EL SUR Y OESTE BONAERENSE,
1880 - 1914.

por Eduardo José Míguez

Graduado en Historia en la Universidad de Buenos Aires (1976) y doctorado en la Universidad de Oxford (1981). Autor de Mitre Montonero. La revolución de 1874 y las formas de la política en la organización nacional (Sudamericana, 2011), Historia económica de la Argentina - desde la conquista a la crisis de 1930, (Sudamericana, 2008), El mundo del Martín Fierro (EDDEBA, 2005) y Las tierras de los ingleses en la Argentina (Editorial de Belgrano, 1985). Coordinador de Argentina. La apertura al mundo. 1880 - 1930, tomo 2 de la serie Argentina de la colección América Latina en la Historia Contemporánea, Madrid, Fundación MAPFRE - Taurus (Santillana), 2011; compilador de Un Nuevo Orden Político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880 (Buenos Aires, Biblos, 2010), con Beatriz Bragoni y Mass Migration to Latin America in the nineteenth and twentieth Centuries (Jaguar Books, 2003), con Samuel Baily, entre otros. Autor de numerosos artículos publicados en Argentina, Alemania, México, España, Brasil, Estados Unidos e Italia. Investigador y/o docente de grado o postgrado en universidades de Estados Unidos, España, Francia, Inglaterra y Argentina. Actualmente, profesor titular de Historia Argentina de las Universidades Nacionales del Centro de la Provincia de Buenos Aires y de Mar del Plata. Presidente de la Asociación Argentina de Historia Económica (1990-1995) y de la Asociación Argentina de Estudios de Población (1993-95). Decano Normalizador de la Facultad de Humanidades (1984-6), Director del Instituto de Estudios Histórico-Sociales (1986-88 y 2000-2005), Secretario de Ciencia y Técnica (1992-96) y Vice-Rector de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (1996-2000), coordinador del área de Ciencias Humanas de FONCYT (2005), y miembro del Consejo Directivo de la Universidad Torcuato Di Tella 2006-2010.



Teófilo Gomila había logrado huir de su cautiverio en las tolderías de Calfú Curá gracias al amor de una china. Su regreso a la frontera cristiana estuvo plagado de aventuras - indios, "tigres", la viruela que se llevó a su enamorada - pero unas semanas más tarde llegaba a la cabecera del tren, a pocas leguas de Buenos Aires. Cinco años después, en 1874, se sumaba a un ejército revolucionario, que acompañado por la indiada de Catriel, intentaba revertir la derrota mitrista en las elecciones de aquel año. El ejército de voluntarios y reclutados mal armado fue destruido por una fuerza mucho menor, pero bien organizada, en "La Verde". Pocos años después, encontramos a Gomila como una respetable figura en Tres Arroyos; productor rural, editor de diario, referente político y promotor del desarrollo. Hacia el final de su vida, y del período aquí analizado, se ha trasladado a La Plata integrando una acomodada clase media urbana.

Relatada en fragmentos por él mismo y sus herederos, la vida de Gomila ilustra la profunda transformación de las tierras del sur bonaerense, donde desarrolló lo más rico de su intensa experiencia. Durante el grueso del siglo XIX la extensa región hoy bonaerense al sur del Salado era una frontera con escasa población. En la década de 1820, con el establecimiento de Junín (originalmente Federación), 25 de Mayo (Cruz de Guerra), Tapalqué, Azul, Tandil y Bahía Blanca, se habían dibujado las viejas fronteras oeste y sur. Aunque con muchos vaivenes, este trazado no había cambiado demasiado para la década de 1870, cuando Gomila fundaba y perdía establecimientos rurales en su interacción con los nativos americanos y la política. Alcanzada la reconciliación con el mitrismo en 1875, el gobierno de Avellaneda se propuso dar cumplimiento a la ley 215 de 1867. Por ella, se disponía trasladar la frontera a la margen norte de los ríos Neuquén-Negro, desde la cordillera al mar. "A las tribus nómades existentes en el territorio nacional comprendido entre la actual línea de frontera y la fijada por el artículo 1º de esta ley, se les concederá todo lo que sea necesario para su existencia fija y pacífica.", rezaba el artículo dos. Si se resistían, debían ser sometidas y arrojadas al sur de dichos ríos.

No era sin embargo sencillo ocupar los nuevos territorios. El problema no era por cierto la resistencia de los nativos. Aunque carecemos de datos precisos, la población araucana del extenso territorio a ocupar difícilmente superara las 20.000 almas. Sin armas de fuego, y con una organización fragmentaria, no representaban una fuerza militar temible. Su audacia, movilidad y conocimiento del terreno les permitía realizar incursiones y resistir invasiones ocasionales a sus tierras, pero no soportar un esfuerzo sistemático del Estado Nacional. El problema, como bien habían señalado Sarmiento, Alberdi, y tantos otros, era el desierto. Una población pobre, escasa y dispersa no es la base adecuada para instituciones estatales. No genera los recursos para solventarlas, ni establece la densa trama de relaciones humanas que crea las condiciones para el predominio del gobierno. Para controlar los territorios, era necesario ocuparlos con una población estable y de cierta densidad, y todos los intentos por lograrlo desde fines de los tiempos coloniales habían fracasado.

Seguramente por esto, el ministro de guerra de Avellaneda, Adolfo Alsina, pensó en hacer la tarea por etapas. Para ello, estableció una línea de fuertes y fortines próximos lo que hoy es el límite con la provincia de La Pampa, unidos por un sistema de comunicaciones y un sistema de defensas para dificultar las incursiones indígenas. Algunas de las parcialidades semi-sometidas, que habitaban en las proximidades de la vieja frontera –en Bahía Blanca, Azul y Tapalqué, 25 de mayo, Junín– debían trasladarse a la nueva. Rechazando dejar sus tierras, se sumaron a la resistencia de los indios no sometidos, y en 1876 se dio el último gran malón, que intentó arrear grandes cantidades de animales hacia los campos indígenas. Su éxito fue solo

limitado, ya que al cruzar la nueva línea de fortines, fueron enfrentados por fuerzas cristianas, y debieron dejar buena parte del botín.

En los años siguientes, el hostigamiento cristiano fue constante. El creciente avance del ferrocarril y el telégrafo daba movilidad e información a las fuerzas. Después de la guerra del Paraguay (1865-1870), el ejército estaba bien armado y organizado. Más allá de los esfuerzos, a veces heroicos, de los araucanos por mantener su autonomía, la permanente acción de las fuerzas nacionales desde los fuertes de la nueva frontera fue debilitando la capacidad de resistencia de los nativo-americanos no sometidos y sublevados. Tras la muerte de Alsina, cuando Julio A. Roca –nuevo ministro de guerra– avanzó hasta el Río Neuquén, dando cumplimiento a su promesa de festejar allí el 25 de mayo de 1879 y a la vieja ley 215, casi no encontró resistencia a su paso. Pero con ello, no cerraba el problema del “desierto”. El Virrey Zeballos y Juan Manuel Rosas también habían derrotado la resistencia indígena y avanzado sobre estas tierras. Al no poder hacer efectiva su ocupación, sin embargo, debieron dejarlas como campos en disputa entre la fluctuante población araucana, y los aventureros cristianos que, como Gomila, avanzaban sobre regiones que estaban más allá del control efectivo de cualquier autoridad.

En 1880, sin embargo, la situación ya era otra. Gracias al desarrollo del comercio internacional y al ferrocarril, las riquezas de las pampas generaban recursos que financiaban la inversión en infraestructura y producción. El círculo de crecimiento atraía población, y los recursos financieros permitían al Estado hacer avanzar y afianzar el funcionamiento de las instituciones en los nuevos territorios. En 1869 la Provincia (excluyendo a la ciudad de Buenos Aires) contaba con poco más de 317.000 habitantes; solo unos 40.000 ocupaban los territorios próximos a la frontera. Para 1881 la población de la provincia ya era de 528.000, pero la presencia en la frontera solo había crecido a unas 50.000 almas. 15 años después 921.000 personas habitaban la Provincia de Buenos Aires. En el sentido en que la hemos venido tratando –unas tierras con población dispersa y escasa presencia de las instituciones estatales– la frontera ya no existía. En los territorios que la habían formado hasta comienzos de la década de 1880, había ya casi tantos habitantes como en toda la Provincia 30 años atrás. El viejo desierto, esa faja de campos poco habitados que había existido entre la frontera cristiana y los asentamientos araucanos independientes (que en general, estaban en actuales territorios de La Pampa), conformaban a fines del siglo XIX un conjunto de partidos nuevos, con sus ciudades cabeceras y sus grandes estancias, y en algunos casos, como Pigué, o Tornquist, con nuevas colonias agrícolas.

El mundo del Martín Fierro había dejado poco más que una nostalgia, y en su lugar había florecido una nueva sociedad. En ella se sumaron a los viejos criollos que ya la ocupaban antes de 1880, de los cuales no pocos eran en



realidad nacidos en Córdoba, Santiago del Estero, u otras provincias del interior o la Banda Oriental, y a los pocos inmigrantes europeos que se habían aventurado al territorio expuesto a malones, nuevos migrantes criollos del interior, y los recién llegados de Italia, España, Francia, y de otros lugares de Europa. La sociedad que allí se iría formando, tiene rasgos muy complejos, y a ellos dedicaremos lo que resta de esta nota.

Una vieja visión nos ha transmitido la idea de que el arribo de los extranjeros generó un sorprendente proceso de asimilación, y un extraordinario “crisol de razas”, dando lugar a la formación rápida y poco conflictiva de nuestra moderna sociedad argentina. Esta impresión fue creada por los propios herederos de aquel momento, que observando su pasado familiar, percibían la presencia de gringos y criollos en una amalgama que parecía emerger de una simple y feliz confluencia. Pero mirando las cosas con mayor cuidado, los procesos fueron algo más complejos. Diversas fuerzas fueron moldeando aquella sociedad. Por un lado, la persistencia de hábitos y costumbres, de la lengua y de la identidad, que tendía a hacer que cada migrante a las nuevas tierras buscara preservar algo de su propia tradición. Y no debemos pensar que esto significa la persistencia de identidades “nacionales”. Aunque los italianos se sabían italianos (pese a que por cierto, Italia solo se había unificado poco antes), y los españoles, españoles, y así de seguido, en la práctica su mayor afinidad era con quienes venían de su mismo entorno, hablaban la misma lengua (fuera un idioma distinto, como el vasco o el catalán, fuera una variante dialectal), compartían fiestas tradicionales y prácticas religiosas locales, sabores y recuerdos de paisajes. Un piemontés gustaba pasar su tiempo con otros migrantes de pueblos vecinos del Piamonte, y un andaluz, con quien supiera apreciar el baile flamenco.

Por otro lado, la sociabilidad cotidiana en un espacio muy móvil y fluido, hacía que los nuevos habitantes interactuaran permanentemente entre ellos y con los antiguos moradores del área. Más aún, la baja concentración de inmigrantes también favorecía la integración. Las oportunidades económicas dispersaban a los recién llegados en pequeños pueblos y ciudades, donde cada colectividad era muy reducida. En las grandes ciudades argentinas, y en especial en Buenos Aires, los inmigrantes podían formar comunidades reuniendo decenas, quizás centenares de personas de una misma región, a veces, de una sola localidad. En los pueblos de campaña los números no permitían estas prácticas. Los vínculos familiares y de amigos podían llevar a un pueblo un pequeño grupo de parientes y vecinos en sus puntos de partida, pero era poco probable que encontrarán en su nuevo hogar otros que vinieran del mismo lugar. Así, al crear instituciones sociales, o sociedades de mutuo socorro, e incluso al establecer sus redes de sociabilidad, debían fundirse con otros inmigrantes. Era difícil formar un barrio étnico en un pueblo de pocos cientos, o incluso en una ciudad de pocos miles. No era factible tener un negocio solo para los paisanos. O establecer una escuela



para italianos, franceses o españoles.

Sin embargo, en todos los nuevos y viejos pueblos de frontera fueron surgiendo asociaciones de inmigrantes, que buscaban recrear en los nuevos espacios una sociabilidad que los mantuviera ligados a sus orígenes. Si no era, entonces, una sociedad regional de ligures, por ejemplo, o de aragoneses, como en Buenos Aires, convergieron en centros españoles, italianos o franceses, que se multiplicaron en la antigua frontera. La vieja y nutrida migración vasca fue una de las pocas excepciones, que en algunos casos lograba formar sociedades propias, mezclando vascos españoles y franceses. La formación de estas comunidades fue la base social para la consolidación de un nuevo grupo dirigencial. Inmigrantes más o menos exitosos en lo económico, según el caso –unos pocos inmensamente ricos, como Ramón Santamarina, muchos más comerciantes o pequeños productores de clase media– se transformaron en líderes de sus comunidades, y hombres influyentes en sus pueblos.

En la medida en que estos grupos se consolidaban, los criollos, nativos de la frontera o migrantes del interior, perdieron visibilidad. Aunque sin duda existieron círculos de sociabilidad criolla, y cordobeses ó santiagueños se juntarían a cantar sus coplas tradicionales y hablar de sus pagos, seguramente por falta de tradición, no formaron sociedades que nos legaran su testimonio. Y tampoco tuvieron éxito en consolidar liderazgos, en buena medida, porque rara vez lo tuvieron en alcanzar los sectores expectables de la sociedad que se iba formando en la frontera. Cuando miramos los censos, allí están, mayormente como peones y jornaleros, domadores y reseros, y a veces, como trabajadores más especializados. Pero en el dibujo de la estructura social los migrantes internos y viejos pobladores criollos no sobresalían entre los sectores favorecidos por la gran expansión de la economía pampeana.

Entre ellos, se mezclaban también algunos descendientes de araucanos, acriollados por voluntad propia, durante los años de convivencia como “indios amigos”, o por la fuerza, cuando el fin de las tierras abiertas más allá de la línea militar, y la consolidación de las instituciones estatales, les impidió prolongar sus costumbres y formas de vida tradicional. Excepción parcial fue el grupo vinculado al cacique Coliqueo y sus descendientes, en la localidad que, de manera previsible, conocemos como “Los Toldos”, cerca de Junín. Cuando la campaña de Roca, colaboraron con el ejército nacional, y mantuvieron su sujeción al Estado. A cambio, recibieron tierras, en la que se transformaron en productores rurales–importantes estancieros, en el caso de los líderes, y pequeños criadores los demás. Pero si su actividad económica se amoldó a la nueva sociedad, por años preservaron algo de sus viejas formas de vida. Hacia 1900 todavía mantenían algunos rasgos propios de su cultura. Estaban ya, sin embargo, en rápido proceso de asimilación. Sólo

más tarde, ya avanzado el siglo XX, algunos pocos de los descendientes de estos y otros araucanos buscarían recuperar tradiciones de los pueblos originarios.

Mientras tanto, otros viejos sectores de la sociedad de frontera sacaron mejor provecho de las nuevas oportunidades. Desde luego, los grandes propietarios. Algunos de ellos eran antiguas familias de enfiteutas de los años 1820 y 1830 que compraron sus tierras en épocas de Rosas, como Álzaga, y Miguens o Pereyra. Otros compraron sus campos a los enfiteutas originales. Están también los que adquirieron sus estancias después de la campaña de Roca, comprando los bonos que se emitieron en 1878 y 1879 para financiarla, que daban derecho a recibir a cambio las tierras ocupadas. También hubo un mercado secundario de los premios otorgados a los militares que participaron de la acción. El rasgo común a todas estas propiedades bonaerenses es la sorprendente velocidad con fueron puestas en producción y modernizadas. En el curso de una sola década, la de 1880, lo que habían sido viejas estancias de campos abiertos, o tierras aún habitadas por ñandúes, guanacos y pumas, se transformaron en modernos establecimientos ganaderos, y desde comienzos de la década siguiente, crecientemente agrícolas. Muchas de las grandes fortunas de la Argentina tuvieron allí sus bases. Y aunque sus propietarios solo residían en sus suntuosas estancias unos pocos meses en el año, una multitud de administradores, capataces, tenedores de libros, trabajadores especializados que se desempeñaban en estos establecimientos se sumaron a los sectores respetables de los nuevos pueblos.

A la par de estos administradores de campos ajenos, había algunos empresarios más chicos, criollos, como nuestro conocido Gomila, o inmigrantes, que administraban sus propias unidades de producción, más modesta, pero confortablemente rentables. Junto con comerciantes exitosos, los administradores locales de las grandes empresas comerciales, financieras, ferroviarias, los líderes de las comunidades inmigrantes, formaban la pequeña burguesía local. No eran un sector poderoso en la Provincia o la Nación, pero en los pueblos dirigían clubes y sociedades de fomento, se integraban a las Comisiones Municipales (más tarde, Consejos Deliberantes), eran referentes en las comunidades religiosas o la masonería local, y se veían a sí mismos como los grandes agentes del progreso.

Entre tanto, las fuerzas centrípetas de la frontera iba rediseñando muy lentamente la sociedad. En la década de 1880 la población estaba constituida por un mosaico de grupos culturalmente diversos. La formación de familias da cuenta de ello. La mayoría de los inmigrantes buscaba unirse a alguien con quien tuviera un trasfondo cultural común. Muchos matrimonios se conformaban por parejas que provenían del mismo pueblo o región, o al menos, del mismo país de origen. Pero para los hombres no siempre era posible esta opción. Los varones jóvenes solteros aventajaban en cantidad notable-


 PARA
SEGUIR
LEYENDO

de Jong, Ingrid y Satas, Valeria. *Teófilo Gomila. Historia de Fronteras y otros relatos*, de Buenos Aires. Elefante Blanco. 2012.

Sábato, Hilda. *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires. Siglo XXI. 2012.

Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración a la argentina*. Buenos Aires. Sudamericana, 2003.

Iriani Zalakain, Marcelina. *Hacer la América. Los vascos en la Pampa Humeda (1840-1920)*. Zarauts (Guipúzcoa). Universidad del País Vasco, 2000.

Djenderedjian, Julio, Bearzotti, Silcora y Martiren, Juan Luis. *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Dos volúmenes. Buenos Aires. Teseo, 2010.

mente a las mujeres casaderas en los flujos migratorios, por lo que siempre había quienes no podían formar familia con sus pares de origen. En algunas colectividades, con trasfondos muy diferentes a la sociedad local –por razones religiosas, por ejemplo, como protestantes y judíos– quienes no conseguían pareja de su mismo origen, permanecían célibes toda la vida. Pero en general, no fue así entre los españoles, italianos o franceses. Casi una tercera parte de las personas nacidas en las viejas tierras de frontera tenían padres de diferente nacionalidad. En la gran mayoría, se trataba de hombres extranjeros y mujeres argentinas. A veces, eran hijas de inmigrantes de igual origen al extranjero –un piemontés, por ejemplo, que se unía con la hija de un matrimonio de esa región de Italia–; pero era bastante más frecuente que se tratara simplemente de una descendiente de criollos.

En este proceso, las tierras nuevas de frontera parecen haber operado como ámbitos de sincretismo más fluidos que las grandes ciudades. Luego de unos años de establecidos en las renovadas localidades de las tierras de reciente ocupación por los cristianos, la asociación de los inmigrantes de diferente origen entre sí, y su vinculación a las mujeres criollas en la formación de nuevas familias, fueron lentamente formando una parte creciente de la nueva sociedad. La excepción más visible eran las colonias, en las que se concentraban gran cantidad de inmigrantes de un mismo origen. Pigué, por ejemplo, fue poblada mayormente por franceses, y mantuvo su identidad por muchas décadas, como Médanos, en el partido de Villarino, con una nutrida colonia judía. Pero a diferencia de Santa Fe, e incluso Entre Ríos y La Pampa, no fueron tantas las colonias de este tipo en las nuevas tierras del sur y el oeste de Buenos Aires, y por ello, sus pueblos fueron espacios de intensa integración. No de todos, claro. Como hemos señalados, colectividades específicas, como los daneses de Tandil y Necochea, o los holandeses de Tres Arroyos, no fueron muy propensos a formar parte de las comunidades integradas, y su impronta de origen sobrevivió por muchos años, en ocasiones, hasta nuestros días.

La presencia de estos grupos remarca el hecho de que en la vieja frontera de Buenos Aires, en solo treinta años, había nacido un nuevo mundo. No era un mundo armónico y feliz: la distribución de la riqueza era bastante desigual, crecían las tensiones en el mundo del trabajo, la participación política era problemática. Pero era una sociedad que había logrado formas de equilibrio y crecimiento. El resentimiento entre los viejos y nuevos pobladores, que en 1871 había dado lugar a un suceso tremendo (la llamada “masacre de Tata Dios” en Tandil), y a infinidad de pequeños eventos de conflicto, ya no era un tema de preocupación en el centenario de la Revolución de Mayo, al menos, en aquellos términos. El Estado había impuesto su control sobre los pueblos nativos, en general, de una manera brutal. Pero, aunque hubieran perdido su autonomía, no pocos de sus descendientes aún habitaban la frontera. Las viejas costumbres criollas persistían como elementos incorporados a una

cultura sincrética. Los gringos o sus hijos tomaban mate, asistían a las domas y cuadreras, y aplaudían a Juan Moreira en el circo, o leían aventuras de Hormiga Negra en los folletines de los diarios de pueblo. La frontera de los pioneros, como Gomila, era ya el pasado, pero pervivía en la personalidad de las comunidades que en ella se habían asentado.



Descargá la versión digital en
<http://www.bancoprovincia.com.ar/jauretche>

Bibliografía

Bjerg, María, *Entre Sofie y Tovelille: una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina, 1848-1930*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

Bjerg, María. *Identidades familiares mestizas en la frontera de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

Daireaux, Godofredo, *Costumbres criollas*, Buenos Aires: Imprenta de "La Nación", 1915.

Devoto, Fernando, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Jong, Ingrid de y Satas Valeria, *Teófilo Gomila. Memoria de frontera y otros escritos*, Buenos Aires: Elefante Blanco, 2011.

Mandrini, Raúl y Reguera Andrea, *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la Pampa bonaerense*, Tandil, IEHS-UNCPBA, 1993.

Míguez, Eduardo, "La movilidad social de nativos e inmigrantes en la frontera bonaerense en el siglo XIX: datos, problemas, perspectivas", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N°24, agosto 1993.

Míguez, Eduardo. "Migraciones y repoblación del sudeste bonaerense a fines del siglo XIX", *Anuario IEHS*, No. 6, 1991.

Míguez, Eduardo. "Política, participación, poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), N° 6/7, 1987.

Míguez, Eduardo. *El Mundo del Martín Fierro*, Buenos Aires: EUDEBA, setiembre 2005.